

El País, Montevideo, 30 Mai 2003

Interview de Paule Constant par Andrea Blanqué.

"Desconfío de los intelectuales que escriben novelas"

NACIO EN 1944 en el Sur de Francia, y hace veinte años volvió a vivir allí. Pero pasó gran parte de su vida en la Guyana, en Africa y en Indochina. Tiene ocho novelas publicadas y también ha producido ensayos y ha realizado trabajos para televisión. Algunos de sus libros han sido best-sellers. Está llena de premios: nada menos que el Premio Goncourt por Confidencia por Confidencia, el Gran Premio de novela de la Academia Francesa por White Spirit, y el Premio Amnesty de los Derechos Humanos por Sucre et Secret. Pasó por Montevideo y explicó su modo de sentir la literatura. Cuando habla, da la impresión de pensar detenidamente (y disfrutar) cada palabra que dice.

— *¿Sos una autora más preocupada por la historia, o por el discurso que produce esa historia?*

— Nunca me hice esa pregunta. Me gusta contar historias, pero todo viene junto. No podemos contar con cualquier estilo: es la historia la que impone el estilo. Yo soy más bien una autora de historias, pero sé que el estilo está al servicio de ellas.

— *En los años 70 mucha novela europea escrita por mujeres se dedicó a investigar en las palabras, en el lenguaje como materia básica, como la línea representada por Hélène Cixous. ¿Tenés algo en común con eso?*

— No, en absoluto. Estoy más bien en la tradición para nada sexualizada, tengo un discurso muy metafórico. Mi interés es contar una historia que pueda parecer real, verosímil, pero que tenga un sentido, muchas veces un sentido religioso, lo que no quiere decir ni cristiano ni católico, sino una historia que dé un sentido a la Humanidad.

— *¿Hablás de la Humanidad en general?*

— Sí.

— *La gran mayoría de las escritoras han puesto como personajes principales en sus obras a mujeres, no a la Humanidad en general.*

— Yo comencé hablando de los niños. Hace mucho tiempo, mis personajes eran niños de siete años: eran testigos del avanzar del mundo. Después, mucho más tarde, hablé de mujeres. Mi primera novela con mujeres es de 1998, y yo ya había escrito varias novelas. Antes, elegía niños porque la infancia es una mirada sobre el mundo. Muy tarde me empecé a interesar en personajes mujeres, y allí encontré mujeres maduras, y heridas. Después de esa primera novela de 1998, titulada Confidencia por confidencia, vino una segunda que también protagonizan mujeres, Sucre et Secret.

Confidencia por confidencia transcurre en los Estados Unidos: luego de un congreso feminista, cuatro mujeres toman café en una cocina. Son mujeres que triunfaron en la vida, hay dos profesoras universitarias, otra es una actriz, la otra es escritora: están entre ellas y hablan sólo de sus fracasos. (Cuando las mujeres están juntas nunca hablan de sus triunfos, siempre el triunfo es para el exterior). Este era un libro sobre los espejos, sobre la atracción de

las mujeres unas por otras, y también sobre la desatracción. Hay una canción de Serge Gainsbourg: "Je t'aime, moi non plus", que traducido es "te quiero, yo tampoco". Esa es la relación que tienen las mujeres entre sí: te amo, yo tampoco. Soy como vos, pero no me quiero parecer a vos. Sobre todo eso escribí en el 98

SEXO Y SECRETO.

— *¿Y tu último libro?*

— El libro que acabo de escribir, *Sucre et Secret* ("Azúcar y secreto", que también puede ser traducido como "Sexo y secreto"), trata de aquellas mujeres que acompañan a los condenados a muerte. Es en Estados Unidos, también. Habla de las mujeres que lloran en el momento de ejecución de los condenados.

— *Como las lloronas nuestras.*

— Existen en todas partes. Están, por ejemplo, las locas de la Plaza de Mayo. Yo las llamo las mujeres del Gólgota, como las mujeres que acompañaron a Cristo en el momento de la crucifixión. En mi novela en lugar de la ejecución desde el condenado, hablo de la ejecución en la mirada de las mujeres, en particular de la madre de un condenado a muerte que está segura de la culpabilidad de su hijo, y que da los argumentos de la culpabilidad de su hijo. Son también mujeres heridas, maduras, tienen cincuenta años: es el contrario de la maternidad triunfante, es el fracaso de la maternidad de la mujer.

Es un punto de vista de mujer en un mundo muy masculino, como las cárceles: los policías, los jueces, los guardianes. Es un mundo masculino, aunque hay una mujer que es guardiana en la cárcel. El juez es un hombre. Yo no tomé un tema femenino, pero ese condenado no tiene padre, y tiene una madre que lo acompaña con otra mujer, nos encontramos a fin de cuentas en un mundo femenino. Aquí está la ambigüedad: por un lado está la caridad de las mujeres, por otro está el placer de llorar, de acompañar a los muertos.

— *¿Es genético?*

— Es cultural.

— *¿Es cultural cuidar al que sufre?*

— Sí, lavar al que murió.

— *Al que nació y al que murió.*

— Es la misma mujer la que hace las dos cosas. Estuve en Jerusalem hace dos años, y fui a la Basílica del Santo Sepulcro, y vi mujeres que lavaban la piedra, con el mismo gesto de hace dos mil años, le ponían perfume y pulían la piedra con el perfume. Es un gesto que no se termina nunca.

— *Estas dos novelas últimas tuyas transcurren en Estados Unidos. Pero tú has vivido muchos años en el Tercer Mundo, prácticamente toda tu vida ¿Qué pasó? ¿Por qué volviste al Primer Mundo?*

— Porque para mí Estados Unidos es el Tercer Mundo. Porque allí hay un espejismo de Modernismo, porque se cree que Estados Unidos es nuestro futuro. Pero cuando conocemos Estados Unidos nos damos cuenta de que es nuestro pasado: ¡es de un puritanismo, de una religiosidad, de unas relaciones extremadamente conflictivas! ¡Es de una Naturaleza extraordinaria, desencadenada, como las tormentas! Es una tierra bastante primitiva. Tan primitiva por la Naturaleza como por los seres que encontramos allí. Se nos parecen, pero no son como nosotros. Sin embargo, la mayoría de los escritores utilizan a los Estados Unidos

como una tierra sofisticada, con una imagen muy positiva sobre la civilización. Creo que soy una de las primeras que muestra que no es así.

— *¿Dónde transcurren tus otros libros?*

— Hay una trilogía que se ambienta en Africa: una novela transcurre en el momento de la colonización, otra después de ella, y otra entre los dos períodos. Después tengo otro libro que transcurre en un presidio de Cayena, de la Guyana Francesa, justo después de la Primera Guerra Mundial. Necesito grandes espacios para poner una acción en un lugar bien cerrado. En la prisión de Cayena la acción era a puertas cerradas, pero también el libro que transcurre en Norteamérica trata dentro de una cocina. En *Sucre et secret* todo sucede en el pasillo hacia la muerte, y en el hotel donde las mujeres esperan la ejecución.

LOS RIESGOS DEL EXITO.

— *Lo autobiográfico en un novelista, ¿es como una maldición, como un destino? ¿O es algo que se puede eludir?*

— No hay que tomarlo como una maldición, es lo que hace la personalidad de la literatura. Creo que hay que jugar con la autobiografía. Hay que inventar la autobiografía.

— *¿Cómo es tu relación con los elogios? ¿Te martirizan?*

— Sí. Fui una escritora muy feliz con mi editor (Gallimard), con mis traductores, pero cuando recibí el premio Goncourt, fue muy difícil. Porque al ganar el Goncourt entras en una dimensión que ya no es literaria, y concentramos en una todos los fantasmas: fantasmas de los deseos de otros escritores. Es muy duro de soportar. Yo tengo una personalidad que no es muy hacia fuera. Vivo más para adentro que abierta a los demás. Es difícil también para una mujer ganar el Goncourt, porque los hombres no perdonan a las mujeres ganar ese premio. Hay nueve mujeres en noventa y cinco premios Goncourt. Y entre las que lo ganaron, había mujeres que estaban muy protegidas por otros autores. Por ejemplo, Simone de Beauvoir, protegida por Sartre. Eran parejas. Cuando una está sola, y no es de París, y no tiene un círculo de protección mediática, resulta muy difícil.

— *¿Presentís que vas a pasar a la posteridad literaria o por momentos te parece que te va a suceder como a tantas escritoras, que tuvieron éxito y elogios en vida y que al morir fueron borradas de las historias de la literatura?*

— La posteridad no me preocupa, porque lo único que aporta a la literatura es hacer literatura. La finalidad del escritor se alcanza cuando está escribiendo el libro.

— *¿Sí, vos estás hablando del corazón de la literatura. Pero también está el armazón social de ella.*

— Las mujeres son mucho más aceptadas hoy en la literatura que hace cincuenta años.

— *¿Y eso no puede cambiar? Porque la historia de las mujeres está llena de idas y venidas.*

— No sabemos quién va a escribir la posteridad.

— *¿Nosotras?*

— (Risas) ¿La posteridad de las mujeres va a estar más asegurada porque es escrita por mujeres? No, no estoy segura.

— *No sabemos. Si somos amigas o enemigas.*

—En los hombres hay como una corporación, una fraternidad. Eso todavía no existe entre las mujeres. Yo me acuerdo que cuando era estudiante evitaba pasar los exámenes orales con profesoras mujeres (risas). Me encantaría que hubiera una confraternidad de mujeres, pero ni siquiera la vi entre las feministas. Y sobre todo entre las feministas (subraya con más risas). Mi novela *Confidencia por confidencia* fue muy criticada por ellas, le reprochaban el hecho de mostrar el fracaso de las mujeres. Yo les decía: "la novela masculina muestra el fracaso de los hombres desde el final de las Cruzadas". ¿Por qué cuando una mujer escribe sólo puede crear heroínas? ¿Por qué no decir la verdad? Decir la verdad no es traicionar. En todo caso es mi realidad, mi verdad, mi historia. Esas cuatro mujeres de la novela pueden ser yo misma. Pero muchas mujeres se reconocieron en ellas. Conocí feministas que imponían una previsión del discurso, un discurso oficial que dice que las mujeres son esclavas de los hombres, que la desdicha de las mujeres viene de los hombres. Y la desgracia de las mujeres viene también de las mujeres. Y también de la primera: la madre. (Con fuerte tono irónico): "Todas las hijas son amigas de la madre, todas las hermanas se adoran, todas las profesoras se aman entre profesoras, y todas las escritoras aman a las escritoras". (risas).

SER UN POCO TONTO.

—*Llevás escritos ocho libros. ¿Has sentido alguna vez que tenés que seguir escribiendo libros porque estás en la ruta y no podés detenerte? ¿No te presionan los ocho libros anteriores a seguir escribiendo?*

—No.

—*¿Podría suceder que no tuvieras ganas de escribir y no publicar nunca más un libro?*

—Siempre pasa, todo el tiempo. Un libro siempre parece que es el último. Y escribo cuando tengo una historia que me obsesiona en la cabeza.

—*¿Cuánto tiempo te obsesiona?*

—A veces cuatro años, como el último. Después, cuando me pongo a escribir, escribo muy rápido. Cuando escribo no busco la historia, la historia está hecha.

—*¿Cómo influye en tu literatura el hecho de ser una experta en el siglo XVIII? ¿O son dos mundos paralelos?*

—Felizmente son paralelos. Creo que hay que desconfiar de los intelectuales que escriben novelas. Para escribir una novela hay que ser un poco tonto (risas).

—*¿Tonto o inocente? ¿Significa no estar envenenado por la teoría crítica? ¿A ti como profesora universitaria no te contaminó la teoría?*

—Al cabo de cierto tiempo, vemos a qué categoría de escritor pertenecemos. A veces por comodidad estamos tentados de aplicar una teoría. Hay que rechazarla: tenemos que encontrar un tema nuevo, una estructura nueva, para salir del camino trazado, siempre el mismo. Cada vez que se escribe uno debe inventar, o hacerse la ilusión de inventar. Creo que si hay tan pocos verdaderos novelistas, es porque en la novela hay metidos muchos intelectuales.

—*¿Cómo es tu relación con la crítica? ¿La ignorás, la odiás, la lees con atención?*

—Yo estoy un poco decepcionada de la crítica, porque no hay verdadera crítica hacia el escritor, que explique al escritor mismo lo que hizo, dónde está, cuál es su itinerario. La crítica en lugar de aplicarse al escritor, se aplica al lector. Cuando es positiva la crítica, da argumentos a los lectores para leer el libro, es como una publicidad, y cuando es negativa, lo mismo, se dirige siempre al lector y no le explica nada al escritor sobre sí mismo. Yo esperaba

mucho de la crítica, porque soy universitaria, y me hubiera gustado una crítica universitaria. Pero ahora el tiempo pasó, y tengo dos tipos de crítica muy satisfactoria: son los trabajos de los alumnos, sobre mis libros, en la Universidad, y después, lo que es extraordinario, es la traducción. Porque los traductores son unos lectores extraordinarios: cuando uno tiene una discusión con un traductor, aprende sobre sí mismo, sobre el estilo. Pero la crítica de los diarios... se dirige al lector al que hay que seducir o disuadir.

UNA EXPERIENCIA EXOTICA.

— *¿Qué sentís por Marguerite Duras?*

— Siento una pasión por ella, sobre todo por las primeras novelas. Después, más tarde, reitera el procedimiento. Pero su obra hasta *El marino de Gibraltar*, me parece que es enorme, hermosa. Me marcó porque encontré mucho de mí en lo que escribió, las mismas experiencias humanas, porque viví como ella en el trópico, tuve su misma infancia, Camboya, Laos... Mi padre era médico militar, y entonces conocía todas las colonias francesas. Marguerite Duras no es un escritor francés: es una escritora con una experiencia exótica y la traduce a la lengua francesa. Como yo.

— *¿Tenés hijos?*

— Dos: una hija de 32, que es editora en Alemania, y un hijo de 30 años que es profesor de Historia y Geografía. También tengo nietos.

— *¿Cómo influyó en tu vida afectiva y sexual ser escritora?*

— Yo soy una escritora tardía. Comencé a escribir a los 35 años, mi vida afectiva y sexual ya estaba muy dirigida, estoy casada desde hace 33 años. Mi marido es médico especialista en enfermedades tropicales contagiosas. Por eso fuimos a vivir a Africa. Yo creo que si no hubiera seguido casada no habría escrito.

— *¿Por qué?*

— Creo que habría vivido historias en lugar de inventarlas, y no habría seguido casada. La escritura es un factor de equilibrio en la vida, es paradójico pero es cierto. Aunque escribir a veces me hace odiosa, porque vivo con una obsesión.

— *¿El sueldo de tu marido te permitía escribir?*

— Yo tengo mi propio sueldo. Desde que me casé soy profesora universitaria. Nunca pasé un año sin trabajar. Es muy importante para las mujeres de mi generación.

— *¿Escribir no es trabajar?*

— No, yo soy libre de escribir cuando quiero, lo que quiero, nunca hago contrato con la editorial hasta que el libro fue leído. No quiero firmar un papel, ni escribir por encargo. Yo tengo una pasión por un oficio que es el de profesor.

— *Por cierto, muchos escritores a lo largo de la historia se han dedicado a la enseñanza: profesores de literatura, de filosofía. ¿Es que no tienen más remedio que enseñar para poder ganar algo de dinero y mantenerse? ¿O es que todo escritor es un profesor que explica siempre lo desconocido, mundos imaginarios?*

— No, creo que un buen escritor no enseña. Pero muestra. Creo que los profesores son gente que aman mucho la literatura, y luego pasan a escribir, porque esa literatura no alcanza. No hay mejor escuela o taller de escritura que la lectura y el análisis de las obras de grandes escritores.